

DE LO EXOTICO

El sentimiento de las nacionalidades es todavía tan vivo que aun en la manera de comprender el arte tiene su influjo. Divide las gentes en literaturas lo mismo que si se tratara de hacer una clasificación de razas. Así han pasado al mercado de los valores literarios las denominaciones, sin duda muy artificiales, de literatura francesa, alemana, rusa, escandinava, con que están llenas hoy las obras de crítica y hasta los periódicos de a cinco centavos. Todo bien visto, la seña de que nos valemos para hacer tales distinciones es la diferencia de lenguas. No hay, por ejemplo, una literatura austriaca, ni una literatura suiza tan bien determinadas como la italiana, digamos, o la danesa. Quitándoles el guía material y externo de los idiomas, los clasificadores andan a tientas en el laberinto de la producción literaria. Milton pertenece sin discusión a la literatura inglesa. Un sistema de crítica halla en su obra todas las virtudes y defectos de la nación británica. Pero si todos esos poemas y sonetos hubieran aparecido originalmente en italiano, Milton no pertenecía a la literatura inglesa. Solamente que aquel sistema de crítica toma ahora el camino inverso y nos prueba que esa producción no podía haber tenido su origen en otra nación que Inglaterra. Son bienaventurados los que crean en estos sistemas, y son envidiables. Olvidan que Milton hizo versos en otros idiomas, para mal ejemplo de Gladstone.

Los críticos suponen que pueden decir, al tomar una obra, dónde empieza el influjo de lo extranjero o de lo exótico, por qué el autor se vuelve hacia el Norte o por qué torna, según el caso, sus miradas hacia el Sur. Si lo dicen, aunque no resulta muy verosímil el que ellos lo crean así como lo dicen. En el momento actual de la civilización es casi un imposible conservar una literatura sana de toda influencia extranjera. Baste un ejemplo. En las páginas tan llenas de jugo y de inteligencia en que Jorge Brandes ha rastreado el influjo de Goethe en la literatura danesa, observa que después del año 1870 hubo en aquellas latitudes reacción contra lo alemán en política, en filosofía y en las letras. Los daneses de aquella generación quisieron olvidarse de Goethe, el ídolo que fue y el director espiritual de varias generaciones anteriores. Cuando les pareció que lo habían olvidado, creyeron tal olvido justificado por ser Goethe de tierra alemana. Quitaron los ojos de aquella literatura y se pusieron a estudiar la francesa con mucho amor inteligente. Brandes, con aquella saga-

cidad con que descubre el rumbo de las corrientes literarias y las sondea, nos muestra a los jóvenes daneses inficionados, afortunadamente, del autor de Fausto por el intermedio de Taine, de Sainte-Beuve y de otros escritores franceses. Con citar este caso basta para tachar de ineptos los esfuerrzos que quieren hacer algunas personas muy bien intencionadas, por otra parte, para extender una especie de cordón sanitario alrededor de las provincias literarias.

La imitación de las literaturas extranjeras, el estudio de ellas solamente, a veces la simple traducción de una obra bárbara, como decían los griegos, es motivo de inquietud para las almas buenas de críticos doctos. En todo ello está obrando el amor a la patria, a la estrechez de miras, o ambas cosas a un tiempo, ya que no es raro el caso de ver cómo esta miseria resulta de aquel sentimiento. En ocasiones la queja sale de cerebros debilitados o sale de espíritus que no se conforman con que la ley natural del agotamiento se cumpla en ellos, en los escogidos para pasar íntegros a las otras generaciones el fuego sagrado. Pero no lo pasan; están afanados en que han de apagarlo. El caso no es nuevo. En España fueron siempre vistos de reojo los afrancesados, por ejemplo. Lessing tuvo, en su tiempo, la virtud de haber emancipado el teatro alemán de la imitación francesa. Eso, a lo menos, dijeron a una los críticos más escuchados de entonces, con motivo de haber aparecido Minna de Barhelm. Lessing pasó a efecto una obra cabalmente alemana. La verdad es que la comedia resulta muy hermosa, por lo que tiene de humano y por la impresión de vida que nos causa. Lo alemán que contenga no es lo que hace de esa pieza una obra de arte de valor universal.

El cargo de extranjerismo ya se lo hacían a los poetas latinos del siglo de oro. El hecho de la imitación era palpable, y ella tenía derecho al calificativo de servil. Imitaban el arte heleno, lo calcaban tan humildemente, que reproducían con gracia infinita de efectos, pequeñeces, exageraciones y todo. Es muy laudable hacer una excursión de cuando en cuando por la historia de las letras humanas. Es ejercicio que serena el espíritu, que morigera el sentimiento de las nacionalidades y predispone a las almas enteras a hacer generalizaciones benévolas. Adquiere uno así la convicción de que está Faguet muy cerca de la verdad, y de que es bueno tener presente aquella sentencia suya en que está dicho cómo el patriotismo en materias literarias consiste en tratar uno de enriquecer la literatura nacional con formas o con ideas nuevas.

Los poetas de Roma crearon la literatura patria imitando, ya se sabe cómo, a los poetas griegos. Cervantes enriqueció la lengua agregándole modos de decir italianos que hoy son rematadamente castizos, y enriqueció la literatura patria sin imitar a ningún autor español. Parece que a narrar le enseñaron Boccaccio, el Ariosto, los trecentistas italianos, más bien que los autores españoles de aquellos días. No tengo a la mano documento alguno con qué probar que a Cervantes lo tacharon en vida de imitador o que le tuvieran por hablista poco castizo. Puede ser que no se lo dijeran. La crítica no era entonces un mal endémico universal, como ha venido a serlo con el tiempo, ni había invadido con tanta arrogancia el campo de los demás géneros literarios. Hubiera vivido Cervantes en este final de siglo y ya verían ustedes que le habríamos hecho la lista de

sus adquisiciones literarias o ideológicas de sabor extranjero. Sin embargo, ya en tiempo de Quevedo, en España, había prevención contra el contagio extranjero. La crítica no pasaba de lo superficial, se paraba en las frases y en los vocablos solos, según lo dejar ver este ingenio en su *Libro de todas las cosas*. El contagio era evidente: en las obras de Quevedo se puede ver todo el bien y el poco mal que la lengua española derivó entonces del cariño con que este y otros autores (muy pocos sin duda) leían libros franceses o italianos y se ponían a verterlos a su romance. De tales ejercicios sacó el autor del *Gran Tacaño* aquel vocabulario pintoresco riquísimo, uno de los más ricos de entonces. La agilidad y elegancia de sus períodos provienen del mismo estudio. Lo afectado, de que tiene su poquillo, le viene principalmente de querer imitar a Tácito. De ello es una muestra el *Marco Bruto* en que hay páginas de lo mejor que conservará la prosa castellana, y conatos de estilo tacitiano justamente reprobables. En tiempo en que el sentido histórico era nulo en la mayoría de los escritores y rudimental en inteligencias muy contadas, Quevedo le tenía bueno para su edad, adquirido sin duda en el tratado de Maquiavelo y del señor de la Montaña, como él nombraba al autor de los Ensayos.

Vengamos ahora a la confusión actual de las diferentes literaturas, Vamos a ver si es nueva o si es laudable la angustia manifestada por el apesarado hispanófilo Rubió y Lluch cuando se pone a ver que en España ciertos jóvenes catalanes muy inteligentes y relapsos, de la nueva generación, están untados del exotismo. El señor Rubió y Lluch no es un caso aislado. Hay, como él, críticos misoneístas en todas las latitudes. El es una curiosidad, por cuanto viene a enterarse ahora no más de las existencias de Maeterlinck, y por cuanto le parecen cosa vitandamente exótica Merimée, por ejemplo, y Stuart Mill, cuyas ideas y cuyo estilo son cosa tan evidente y manoseada que huelga decirlo. Al señor Rubió y Lluch le desvió el hecho de que la "España Moderna" estuviese traduciendo de estos difuntos. Olvidó que en España lo que llaman moderno lleva siempre atrasadilla la fecha.

Importaría saber en qué consiste, con toda certidumbre, el hacer obra nacional, genuina, libre de mácula extranjera. Hemos menester que se nos diga si ello consiste en el asunto tratado, en la manera de tratarlo, en los autores más o menos servilmente imitados. Es justo que nos digan, de una vez, si para ser uno autor nacional ha de tener ciertas cualidades del espíritu, aquellas, en efecto, que la gente reconoce como virtudes y atributos fundamentales del alma nacional, y que están como vinculadas a la raza. Los patriotas de la literatura suelen tener en los labios, cuando se dirigen a la juventud, frases parecidas a estas. "No imiten ustedes lo extranjero. No vayan a buscarse temas en países remotos, ni se pongan a describir comarca que no han visto o países que no pueden ustedes querer con amor patrio". Todo lo cual me parece muy recomendable. Siento mucho decir, eso sí, que no zanja la dificultad en que me hallo. Porque el escribir uno sobre Colombia o sobre España, sobre las maravillas históricas y naturales de ambas regiones, no es, rígorosamente, enriquecer la literatura nacional. Alejandro de Humboldt no aumentó, que nosotros sepamos, con haber publicado su viaje a las regiones equinocciales, el caudal literario de estas comarcas. Los dramas de Corneille y el de Schiller que ruedan sobre asuntos de historia española no les han dado

mayor esplendor a las letras castellanas; ni nos hace falta, diría Menéndez Pelayo. Sin contar con que la verdad histórica, si acaso existe, se ha quedado con esos y otros dramas e historias donde mismo estaba. De modo que no es el asunto lo que adscribe una obra literaria cierta denominación geográfica.

¿Acaso el hacer obra nacional consiste en difundir en ella las cualidades con que esa nación se ha distinguido de las otras del globo? Esta conclusión es ridícula. En primer lugar tales cualidades dominantes no son más que una bella ilusión antropomórfica. Tú ves, o quieres ver, y necesitas que los demás reconozcan en tus conciudadanos aquellas virtudes que más admiras. Pero supongamos que sea obligación de la literatura nacional ensalzar aquellas virtudes, aunque sean pura creación imaginativa. Pues, entonces la obra crítica de costumbres no sería perteneciente a la literatura patria. El Quijote no sería español y Los refractarios serían arte alemán, una cosa así.

¿Hay otro modo de entender el asunto? El hacer obra nacional, consiste en que el autor tenga aquellas cualidades que todos les cuelgan a los escritores y a los libros clásicos de aquella nación? No es menester, observará alguno, que las tenga todas ni que las posea en grado eminente. Basta que tenga un poco de ellas, la marca nacional, como si dijéramos. El francés que escriba obra literaria ha de poseer la verve gauloise. La tradición le exige una alegría de vivir ancha y ruidosa como la del graso Rabelais. Ha menester mucho método, un cierto rigor docente, claridad, medida y no poca elegancia. Todo esto dizque es genuinamente galo. No hay sino que al empezar la clasificación con este patrón en la mano, tendríamos que suprimir entre los clásicos nada menos que a Pascal, y en lo moderno a Stendhal, a Bourget, a casi todos los representantes de un bello grupo literario. Estos son tristes, con tristeza inteligente y comunicativa; abominan del espíritu y encabezan contra él una reacción meditada. Otros le niegan al arte el derecho de ejercer la labor docente; los demás allá enmarañan las frases y oscurecen con muchísima pretensión el pensamiento dándoles tormento a las formas. Tendríamos, pues, para un rato, si nos pusiéramos a eliminar nombres de la literatura francesa.

Hay que ver, además, cómo las grandes apariciones literarias no fueron nunca fundamentalmente regionales. El Werther ya saben ustedes de quién era, y no ignoran, probablemente, que una escuela literaria alemana juró por esa novela. El influjo de Rousseau sobre el Goethe del Werther es más que palpable, Herman y Dorothea resulta ser un idilio bellísimo, estilo neoclásico, siglo dieciocho francés en grado excelente. Las poesías del "Divan" pretenden los honores del estilo oriental. Las Metamorfosis de las plantas y de los animales, un ejemplo entre muchos, nos hace pensar en Lucrecio y en Virgilio revividos por un Darlin que tuviera hasta lo excelso el sentido poético. La Ifigenia es para Taine arte helénico sin mezela y sin mancha. El Fausto es un microcosmos, como lo fue su autor, el que vaticinó el advenimiento de la literatura universal y la preparó con su ejemplo.

Ya estamos un poco lejos de la teoría de los medios, cuando decimos que talentos como el de Goethe no fueron nunca regionales. Pero nos iremos apartando más, si resulta cierto que uno de los caracteres distintivos

de aquellas inteligencias es un género de actitud que parece reacción contra el medio.

El principio vital de las escuelas literarias que van alertando en el dominio de los espíritus es una actitud semejante. Los críticos apesadumbrados predicán siempre que se manifiestan nuevas escuelas, cómo los representantes de ellas olvidan la tradición nacional. Los románticos alemanes y los franceses se olvidan, si hemos de juzgarlos por lo que de ellos dijeron las generaciones que les iban dejando el campo, de la pura tradición nacional y clásica. Los románticos sobrevivientes han dicho que a Zola y al naturalismo se les debe, entre muchas cosas nefandas, el haber hecho lo posible por destronar las cualidades fundamentales, y, según ellos, tan hermosas del genio francés. Ahora dicen France, Wyzewa, los de su edad y sus gustos, que estos jóvenes simbolistas están echando a perder la tradición literaria francesa, porque entenebrece el concepto. Lo cual no impide que en una Revista donde escriben Camilo Mauclair, Carlos Maurras, et encore, haya un artículo en que afirma un cronista literario que las "dos cualidades esenciales" de la raza, o sea de la nación francesa, "son el sentido lógico y el de los símbolos". Si esto no es un síntoma grave, grave, ya no valen nada las indicaciones literarias. Remy de Gourmont afirma en su libro sobre la Estética de la lengua francesa que el origen de las lenguas está en el símbolo.

La disputa de las escuelas que van expirando y de las que se creen llamadas a renovar el arte dura siempre y es una fortuna; es un espectáculo, además, que no carece de bellezas ni de enseñanzas. El que los más viejos reclamen el honor de conservar la tradición nacional es fácil averiguar de dónde arranca. Es una ilusión que ellos mismos hicieron crear, y que ahora respetan como si estuvieran fuera de ellos. Las cualidades que recomendaron a los comienzos de su carrera, que tal vez entonces no les parecían tan raizales y castizas, después de estar veinte años propagándolas, ya empiezan a encontrarlas cosa genuinamente nacional. Los que empiezan a revolver ideas nuevas o los que preconizan como tales formas desusadas desde hace siglos, abren lucha contra lo que les precede inmediatamente y dejan echar en cara, no sin un poco de vanidad, que están desconceptuando la tradición literaria. Andando el tiempo, para defender sus ideas, no vacilan en ponerlas gravemente en la categoría de los valores patrios. Cuando Rubió y Lluch se duele pomposamente de que avance el mal en su patria con rapidez y con fuerza, les hace coro a muchos colegas suyos. En Francia los espíritus quejumbrosos reniegan de la novela rusa, del drama noruego, de cuanto ha venido a invadir el bello país que habitan. En Alemania, una generación que va pasando, la de los idealistas empedernidos en que están Heyse, Julio Wolff, Ebers y otros, deplora que Dios haya azotado a la patria con el influjo que en las letras alemanas están ejerciendo ahora, Ibsen, Zola, Tolstoi... Bjonsterne Bjornson. Estos críticos no han visto las cosas muy claras. Los ha ofuscado el amor patrio. Tampoco las han tomado de tan atrás como era de esperarse. El culto de sus propios ideales los tiene reducidos en el tiempo y en el espacio. Esas cosas, tomémoslas nosotros de más atrás. No es fuerza retroceder más que medio siglo. Tolstoi, el novelista ruso, no es un producto espontáneo, no es una aparición literaria sin precedente. Como analista fino y penetrante de la sociedad contemporánea, sus paisanos le con-

sideran, con razón, discípulo digno de Stendhal. Hay mucho de Beyle en los cuadros de la anturaleza que a Tolstoi debe la literatura contemporánea. Como pintor de costumbres recuerda a Balzac; la observación amplia y la habilidad con que conduce a sus personajes, parecen aprendidas en la Comedia humana. Los que en Francia le adoran, los que a sabiendas y con amor le imitan, siguen la tradición de la escuela psicológica francesa, siguen a Pascal, a Prévost, a Constant. Ibsen ha venido a ser un endriago para los críticos de teatro en Inglaterra y Alemania. Ha pocos días un inglés curioso y diligente hizo un libro de todas invectivas que la prensa diaria le ha lanzado a Ibsen y a los ibsenitas como dicen en Inglaterra. Jamás se ha acumulado tanto improprio sobre un autor de dramas. El vocabulario de la difamación parece agotado. Este libro bastaría para desacreditar la crítica del periódico diario, si no tuvieran de sobra la formalidad. Pero lo que voy a decir es que los ingleses han olvidado que las teorías traídas por Ibsen a escena son las teorías de Darwin, las de Mill, las de Spencer; nombres ingleses y muestras todos ellos del espíritu práctico de la raza. Hay contradicción, o parece que la hubiera, en dejar andar las ideas por libros y revistas y encerrarles con obstinación las puertas de los teatros. El novelista, el escritor de dramas que pretende hacerse oír de sus contemporáneos, pone en sus obras las ideas vivas de la época, las que circulan en el ambiente. Es privilegio de los talentos grandes el acertar con las ideas modernas que deben pasar al drama o a la narración novelesca, o al poema lirico. Las ideas sirven para eso, para infundirles vida nueva a los géneros literarios. Ellas contribuyen, además, a renovar las formas; las amplian y las acomodan a los ambientes. Lo cual no quiere decir como lo pretende Zola que la novela y el drama sean tratado científico. La poesía divaga, cuanto a lo primordial, por el campo de los sentimientos. Las ideas no pasan, en su estado científico a la obra literaria. Entran a ella, como sentimientos, cuando ya empiezan a influir en la vida o en las costumbres.

Oigan ustedes que hay dos géneros de exotismo: dos géneros que corresponden a diversos gustos literarios y distintos temperamentos. Hay el exotismo de las formas, de los colores, de los ambientes maravillosos, de los paisajes inverosímiles. Hay además el exotismo de las ideas, el de los estados del alma, de los sentimientos inexplorados. Por el primero se desvivieron Gautier, Hugo; casi todos los románticos. De esta escuela fue uno como canon riguroso el naturalizar en las letras francesas lo oriental y lo del mediodía. Pero lo exótico, esa escuela lo tomaba como un recurso literario, como una manera inteligente de llamar la atención fatigada de los lectores dados a la obra puramente ideológica y no poco descolorida del siglo XVIII, o al clasicismo nuevo y falso de principio del XIX. Entonces inventaron el colorido local de que usaron los unos y abusaron los otros hasta fatigarse y fatigarnos irremediablemente. Hoy el amor a lo exótico es algo más trascendental. El hombre moderno que traduce en Francia, y que represente las obras de Hauptmann no anda en busca de colores. Tiene la nostalgia de aquellas regiones del pensamiento o de la sensibilidad que no han sido exploradas. Cuando se mueve en busca de mundos nuevos, va a renovar sus sensaciones estudiando las que engendra una civilización distinta. Para eso viaja Loti. Sus libros reproducen la tristeza infinita y multiforme de la raza humana en todas las latitudes.

Los modernos que dejan su tradición para simularse otras literaturas se proponen entender toda el alma humana. No estudian las obras extranjeras solamente por el valor que en sí tienen como formas o como ideas, sino por el desarrollo que su adquisición implica. Lo otro, la imitación ciega, lo han hecho los humanistas, los letrados de todos los tiempos.

En los siglos pasados los pueblos estaban muy ufanos, cada uno de sus literaturas. Las cultivaban aparte, con mucho esmero, y ponían cuidado muy prolijo en que aquellas ideas y sentimientos de que se decía que formaban uno como fondo de valores intelectuales propios del país, no se fueran a confundir con los otros. Tenían las naciones su tradición. Creían en la absoluta diferencia de razas. Miraban como fenómenos perniciosos la mezcla de la sangre de unas razas con otras. Cada nación tenía un porvenir determinado ya por la historia. Todas se esforzaban por llegar a esa meta. Las literaturas estaban ahí para servir a dicha causa, para ir preparando el advenimiento de aquel porvenir. La diferencia, tan bien especificada entre una literatura y otra, era entonces muy explicable; parecía, además muy necesaria. Las naciones vivían aisladas y se figuraban con orgullo muy laudable que podían bastarse a sí mismas. Se trataban, por regla general, con el rigor que gastan los viejos rivales. Una literatura dada servía para dar público testimonio de las virtudes de un pueblo y de los vicios de que maldecían sus vecinos, o los que habitaban en regiones más apartadas. (Recuérdese que esto fue escrito cuando el aeroplano apenas figuraba en planos de soñadores inocuos).

Después, la obra de arte ha venido a ser considerada como un fin y no como un medio. La patria y la raza no tienen ya por qué ver en ella ni un arma contra las otras razas ni un recurso de dominación o de exterminio. El arte se basta a sí mismo. El arte es universal. Que lo fuese quería Goethe cuando dijo en su epigrama sobre la literatura universal: "Que bajo un mismo cielo todos los pueblos se regocijen buenamente de tener una misma hacienda".

Atrasadilla ponen hoy la fecha esos que pretenden conservar aquellas diferencias. Las ideas y los ideales se propagan con gran prisa. Es insensato el pueblo que quiere hacer de los suyos patrimonio exclusivo. Es insensato, si pretende que los extranjeros no vengán a mezclarse con los propios. El tráfico intelectual se activa. Si a ti te dijeran que en ciudades, como Bogotá, aisladas materialmente del resto del mundo, hay colonias intelectuales donde es fomentado el espíritu moderno, no lo hallarías inverosímil; te parece necesario. No sería raro que en esas colonias hubiera individuos preocupados con los males del pueblo ruso o que se sintieran atraídos por la esfera moral hacia la cual gravita un moralista francés o tal pensador escandinavo. Sin que haya riesgo de que una funesta nivelación vaya a producirse, las ideas andan más velozmente que los trenes. No hay razón para que ellas reconozcan fronteras: sería abominable que las hiciesen guardar cuarentena. El modo de exterminar las ideas, es dejarlas que se propaguen. Llenan su oficio, sirven un tiempo, son pesadas en la balanza de los siglos y reciben sentencia definitiva. Así pasan a la historia si acaso lo merecen.

No hay por qué aturdirse si hallamos hoy en Paul Marguerite lo que Tolstoi había puesto hace poco en la Sonata a Kréutzer. Esas maneras de

ver la sociedad moderna están en el ambiente. Puede que haya propósito deliberado de imitación, puede que el dominio intelectual de ciertos autores sea insuperable. No hay que tachar lo uno ni razón alguna plausible para rebelarnos contra lo otro. Son cosas necesarias. ¿Habría algo artificial y estudiando en aquella tristeza que se difundió por todo el mundo europeo a principios del siglo XIX? Era resultado de convención empalagosa el que espíritus de tan diversa grandeza como Leopardi, Chateaubriand y Puschkin, manifestaran en diversas latitudes aquella melancolía tan honda, tan comunicativa, tan noble en el primero, tan elocuente en el autor de "Los mártires".

Lo malo no es imitar autores extranjeros. Lo malo es el calcar a oscuras; lo más reprochable es el escoger pobres modelos. Seguir una corriente literaria que nos atrae, es tan legítimo como el dejarla cuando nos desplace. Pero el aceptarla con todas sus consecuencias y extremos suele ser lo propio de los espíritus violentos, que son, muy a menudo, los talentos estrechos. Es miseria intelectual ésta a que nos condenan los que suponen que los suramericanos tenemos que vivir exclusivamente de España en materia de filosofía y letras. Las gentes nuevas del Nuevo Mundo tienen derecho a toda la vida del pensamiento. No hay falta de patriotismo ni apostasía de raza en tratar de comprender lo ruso, verbigracia y de asimilarse uno lo escandinavo. Lo que resulta, no precisamente reprehensible, sino lastimoso con plenitud, es llegar a Francia y no pasar de ahí. El colmo de estas desdichas es que talentos como el de Rubén Darío, y capacidades artísticas como la suya, se contenten, de lo francés con el verbalismo inaudito de Víctor Hugo, o con el formalismo precioso, con las verduras inocentes de Catulle Mendés. Francia sola da para más, para muchísimo más. ¿Qué es Mendés en una literatura que produjo a Baudelaire? ¿Cómo se llama este mal que nos obliga a calcar humildemente la prosa subjetiva y repujada de Daudet, y a descuidar el estilo robusto, la frase inesperadamente jugosa de Flaubert, por ejemplo, o de Renán? Es doloroso, de veras, quedarse uno en el borde de las formas, cuando estudia una literatura o cuando se pone a reproducir sus excelencias en lengua diversa. Pero ni las naciones, ni los individuos pierden nada con que un habitante de Australia y un raizal de Costa Rica, enfermos del mal de pensar, sientan vivamente las letras extranjeras y se asimilen parte del alma de otras razas. Vivificar regiones estériles o aletargadas de su cerebro debe ser la grande ocupación, la preocupación trascendental del hombre de letras. Para este fin sirven a las mil maravillas las literaturas distintas de la literatura patria. Los ambientes diversos, los heredamientos acumulados en razas vigorosas les van dando a las letras savia rica, que algunos no se atreven a llamar sana. Sería injusticia no explotar una forma de arte nuevo solamente porque salió de una alma esclava. "Enchanchemos nuestros gustos" dijo Lemaitre para poder gozar de la belleza primitiva que halló su criterio tan benévolo y tan fino en la obra de Zola. Ensanchémoslos en el tiempo, en el espacio; no los limitemos a una raza, aunque sea la nuestra, ni a una época histórica, ni a una tradición literaria. Pongámonos en aquel estado de alma tan inteligente que nos sugiere Bourget cuando dice que se sentiría avergonzado si cayera en la cuenta de que hay una forma de arte o una manifestación de la vida que le fueran indiferentes o desconocidas. Esta actitud de la inteli-

gencia es más humana que la de los que proscriben lo extranjero, aunque sea bello y grande, para enaltecer lo propio que resulta mezquino con evidencia; es más humana y sin comparación, más elegante.

Las letras no pueden vivir seguidamente de unos mismos valores. Si cambia por causa de la experiencia acumulada, o en razón de hipótesis científicas más o menos plausibles, la manera de entender el universo, la de apreciarlo, deben modificarse también las perspectivas morales. Los valores éticos se van alterando. Es preciso ir haciendo una revisión de ellos a medida que las ideas cambian. Parte del malestar que se siente hoy por donde quiera, nace de que ciertas conclusiones de la ciencia se han impuesto brutalmente en la vida, al paso que el código de los valores morales sigue siendo el mismo, el que corresponde a otra visión del mundo y a otra etapa de los conocimientos. Hay necesidad, como dijo el filósofo inmisericorde, de reevaluar todos los valores. Prepararnos para tanta empresa es uno de los oficios que ha de llenar, sin precipitación, el estudio de las literaturas extranjeras.

Por último, falta decir que en esta determinación de lo castizo y lo descastado, lo nacional y lo exótico la mente más cuidadosa puede caer en confusiones si no es que llegue a contradecirse. Verdaderamente nacionales ya no hay más culturas que las de los pueblos salvajes sin comunicación con las otras civilizaciones. La cultura europea del momento es una derivación de otras más antiguas, y su difusión en todo el orbe conocido establece diferencias de grado pero no esenciales. Grecia, Roma, la Edad Media, el Renacimiento, la Reforma han uniformado los puntos de vista sobre el hombre y su destino en todas las naciones del mundo. Hay diferencias pero no substanciales sino únicamente de grado. Un inglés se acomoda fácilmente a vivir en Francia, en Suiza, en Italia, en los Estados Unidos y las pequeñas discrepancias de juicio entre unos pueblos y otros se van nivelando con el radio, el aeroplano, el radar y, sobre todo con el uso de la energía nuclear, el más eficaz de los niveladores. En las diferencias de grado, América, sobre todo la del sur, puede ocupar nivel distinto del de los pueblos de Europa. Sin embargo, la superioridad aparente de la mentalidad europea no es tan manifiesta. Cuando Joaquín Nabuco, nacido y educado en el Brasil publicó en París su primer libro de título "Ma formation", críticos franceses del momento creyeron encontrar en ese libro las virtudes literarias excelsas de un gran escritor francés. El autor no había vivido en Francia.

Pero lo más singular es que profundizando el problema de lo exótico y lo genuinamente nacional los habitantes actuales del continente americano nos encontraríamos en una posición demasiado ambigua ante el análisis de un pensador independiente. De ese análisis resultaría que nosotros, en esta parte del mundo, por más castizos que seamos en el pensamiento y en la obra, por más apegados que seamos a la tradición española y grecolatina, no dejamos por eso mismo de ser exóticos. Una curiosa muestra de interés recientemente observable en el continente por los valores culturales del pasado americano en sus varias formas, ilustra la calidad de exóticos que nos caracteriza en el continente. En la Argentina ha surgido en la literatura un plácido interés por la vida pasada de los gauchos. En el Perú van más atrás y están generosa e inteligentemente empeñados en

revivir las costumbres y el sentimiento vital de los antiguos hijos del Sol. He visto magníficas reproducciones de la vida gauchesca en Buenos Aires no sólo en la literatura, sino también en las otras artes, la pintura, el teatro, la música, el baile. Y cosa curiosa y significativa, ese interés por la vida primitiva de los americanos surge allí donde a causa del más íntimo contacto con la vida europea se ven como más lejanas las antiguas costumbres de los naturales. En Buenos Aires, en Chile, en Lima, las gentes se agolpan a ver cómo bailaban y luchaban los gauchos, los araucanos, los incas. En Colombia ese interés no ha surgido aún sino entre los arqueólogos, pero todavía no suscita la curiosidad premurosa de las clases altas, porque todavía nos sentimos un tanto sumergidos en ese género de vida. En el sur ya lo americano primitivo es una cosa exótica. En el franco trópico nos sentimos todavía muy cerca del pasado. Todavía por acá no somos lo exótico. Tendemos a serlo con buen entendimiento de nuestras aspiraciones a una cultura propia y superior. Pero los aborígenes, cultos e incultos todavía consideran, con un cierto guiño de compasión exóticos a los descendientes de aquella raza que con intención o sin ella trajo a este continente una civilización a cuyo empuje desaparecieron unas culturas avanzadas y otras nacientes contras las cuales lucharon hasta destruir en gran parte a gran número de sus representantes.

Se da el caso de que la conquista rompió los vínculos de las autóctonas con su propia civilización de donde arranca el estado de espíritu un tanto confuso de los habitantes blancos y mestizos en su comprensión de lo exótico y en su actitud frente a este velado y contingente valor de cultura.

EL MESIANISMO

Una de las pruebas prácticas de mayor fuerza y evidencia en favor de los poderes vitales del cristianismo es la influencia que ejerce sobre los espíritus fundamentales la lectura meditada de los Evangelios.

Nietzsche ha sostenido que el cristianismo es enemigo de la vida, y con esa vehemente convicción por base, levantó el edificio de sus quejas contra la civilización contemporánea. En un espíritu cuyo rasgo fundamental era la contradicción, en un filósofo que hallaba la verdad e iluminaba los vastos senos del conocimiento saltando, por natural inclinación de sus facultades razonadoras, de un principio cualquiera a su contrario, estaba indicado que en sus investigaciones sobre el origen de la moral corriente llegase a la negación del cristianismo. Pero aún en el discurso de Nietzsche, hijo de pastor protestante, la lectura de los Evangelios cavó profunda huella. Su admiración por la cultura griega y la civilización romana, formulada en aforismos en un calor fecundante y de una divertida ferocidad, no era otra cosa que el anticipo de la reacción higiénica del siglo XX contra el histerismo predominante del siglo XIX. Nietzsche habría sido menos fecundo, menos eficaz menos persuasivo; habría dejado huella menos profunda en las letras y en la filosofía alemanas de su tiempo, si la lectura de los Evangelios no hubiese removido las entrañas de su pensamiento y fecundado su exquisita sensibilidad. El contacto con

los cronistas de la vida de Jesús pone en evidencia las tendencias mesiánicas que parecen dormitar en el alma de cada hombre. Nietzsche expresó sus tendencias mesiánicas llamándose a sí mismo el "Anticristo", porque, según ya está dicho, su inteligencia avanzaba hacia la verdad, iluminándose con la linterna de la contradicción.

Otros pensadores y moralistas del siglo XIX y de nuestros días han hallado también en los evangelistas el mejor incentivo de sus anhelos mesiánicos. En Renán, inteligencia firmemente equilibrada y armoniosa, los evangelios no provocaron la contradicción. Su naturaleza ricamente sensible, podía acomodarse a todos los aspectos del conocimiento, sin hacer uso del artificio inventado por la dialéctica hegeliana. En su vastamente bondadosa y hospitalaria, se conciliaban orgánicamente todas las contrarias y resultaban plausibles todos los sistemas. Sus veleidades mesiánicas se expresaron en la "Vie de Jesus", no para destruir ni para cercenar la idea cristiana, a la manera de Nietzsche, ni para complacerse en señalar sus afinidades con el Anticristo. Renán, sin decirlo nunca, se creyó siempre un tanto parecido a Jesús. Al escribir la vida del Salvador del mundo tuvo en mira seguramente fijar en una especie de novela psicológica los rasgos fundamentales del espíritu de Renán, después de haberse sometido con singular modestia a un análisis introspectivo no menos minucioso que complaciente. Para describir a Jesús para afirmar la dulzura del Maestro, Renán mismo hizo de modelo, a la manera en que Flaubert se estudiaba a sí mismo, por aquella época, en la "Education Sentimentale", haciendo en la narración y en el análisis psicológicos esfuerzos sobrehumanos para esconder la personalidad del autor. Leyendo los evangelios y creyéndose un gran perseguido se puso a escribir su propia novela psicológica, con la figura de Cristo por modelo, el más sublime de los perseguidos. La belleza insinuante de su estilo, que obra como un sutil veneno, procede acaso de ese estado de espíritu descrito por los alienistas con el nombre de delirio de las persecuciones. Hay huellas de ese mal en algunos de los grandes estilistas franceses. Se siente en Pascal, inspira francamente las páginas más elocuentes de Rousseau, no falta en Chateaubriand, y por último lo encontramos en Renán.

Casi todos los escritores a quienes el estudio de sí mismos ha llegado a convencer de que tienen una misión social, política y meramente educativa, se han sentido mesiánicos al leer los evangelios y han querido narrar a su modo lo vida de Jesús, para reflejar en la persona del Salvador sus propios anhelos o esperanzas. Debemos a Ruggiero Bonghi una interpretación de los Evangelios, netamente cristiana, pero no exenta del deseo de hacer ver cómo, en ciertos aspectos, la vida del político italiano era semejante a la de Jesús. El enorme y universal Tolstoi tuvo la paciencia de aprender lenguas orientales con el objeto de equiparse adecuadamente para interpretar a su modo los Santos Evangelios. En la última transformación de su espíritu, insaciable y ubicuo, dentro de la cual viene a caer la actividad febril que tuvo por resultado la "Sucinta explicación del Evangelio", ya Tolstoi empezaba a sentirse ungido por el espíritu de la luz, y desde entonces asumió la actitud de apóstol, para no abandonarla en el resto de sus días. Entrevió las posibilidades mesiánicas de su temperamento, se dejó dominar por ellas y empezó a escribir las cartillas morales y algunos dramas tendenciosos, cuya fama acrecienta la del autor

de "Guerra y Paz". Habiendo perdido, casi en absoluto, el sentido fundamental de humor, este poderoso artista literario desconcierta a los lectores desprevenidos con sus actitudes de apóstol. En la explicación del Evangelio hace la historia de la propia conversión, causada por la lectura de los textos sagrados. "No conocía la luz; creía que no había verdad en la vida; pero me cupo la suerte de hallarla en los Evangelios, a pesar de las adulteraciones de que han sido objeto". Meditando los textos llegó a la conclusión de que en ellos se contiene "la más pura, la más rigurosa de las enseñanzas éticas, nunca hasta hoy sobrepasada por el humano entendimiento". Sin embargo Tolstoi no juzga necesario aceptar el origen divino de estas normas para acomodar a ellas la existencia. Afirma, además, que ninguna de las frases puestas en boca de Cristo por los evangelistas convence al exégeta de que el Salvador mismo se hubiese creído de origen sobrehumano. "Yo buscaba dice Tolstoi, una respuesta al problema planteado por la existencia, sin cuidarme de las cuestiones teológicas o meramente históricas. Me era indiferente penetrar en el problema de la divinidad de Cristo". En sus comentarios, surge, de cuando en cuando, la profesión de fe panteísta. En la traducción alemana de su obra se hace uso frecuentemente de la palabra "Allsprung" (origen de todo), en vez de la designación alemana de la divinidad. Era cristiano como a su pesa. La explicación tolstoiana del Evangelio tiene por objeto, principalmente, humillar la carne, exaltando las prerrogativas del espíritu, marcada tendencia del genio a quien debemos la "Sonata a Kreutzer". Aquí no vamos a discutir sus teorías. Se trata únicamente de señalar el estu-pendo ascendente de los Evangelios sobre las mentes excelsas. Casi siempre la lectura de los textos sagrados despierta en ellas las tendencias mesiánicas que hay en el fondo de cada hombre.

Es Bernard Shaw uno de los ejemplos más brillantes que ejerce la historia de Jesús sobre las inteligencias primordiales. Antes de publicar el prólogo, un tanto recóndito, de "Androcles", las enseñanzas de Shaw se basaban exclusivamente en la experiencia. Era el agnóstico británico del siglo XIX. Pero un día, al decir de sus enemigos tomó en sus manos los Evangelios, no para estudiar la vida de Cristo, sino para leer en los textos divinos la vida de Bernard Shaw. En efecto, el autor de "You never can tell" se ha descubierto a sí mismo en los Evangelios, y al escribir la vida de Cristo y comentar su doctrina, se ha pintado a sí mismo con humorístico embeleso, no sin hacer ver cómo coinciden sus propias nociones sobre la sociedad y la vida con las enseñanzas de Cristo. Es Bernard Shaw tan ingenuo en su redomada mundología que, para desconcierto de sus enemigos, ha confesado que, en efecto, se buscaba a sí mismo en los Evangelios. Aún parece que la búsqueda no fue del todo infructuosa, pues algunas de sus opiniones sobre la sociedad, sobre el matrimonio, sobre la justicia y la distribución de la propiedad él las ha hallado en los Evangelios. Fue más lejos todavía: San Mateo y San Lucas le ofrecieron datos valiosos para hacer una comparación entre Jesús y Bernard Shaw, de la cual parece haber quedado satisfecho. Estas son sus palabras: "I grant you I know a great deal more about economics and politics than Jesus did, and can do things that he could not do". Además, al comparar a Jesús con el Bautista, hace hincapié en el vegetarianismo y en la sobriedad absoluta de San Juan, hábitos de que se enorgullece Bernard Shaw y que

no practicó Jesucristo. A pesar de su escepticismo, de sus debilidades para con las negaciones nietzscheanas, el autor de "Man and Superman", se inclina del lado de Tolstoi, cuya obra acerca de los Evangelios conoce sin duda. En concepto del asceta eslavo y del celta humorista sería conveniente ensayar el cristianismo como régimen de vida. La idea de Jesús, según Tolstoi, conducirán al hombre y a los pueblos a la felicidad. Tolstoi no tenía duda a este respecto: era un espíritu incapaz de conformarse con nada menos que la convicción absoluta. Bernard Shaw no está seguro. Dice que hasta ahora el mundo ha seguido los consejos de Barrabás, y, con muchas reservas, se atreve a proponer, a un mundo sacudido por las convulsiones de la guerra mundial, que ensaye la doctrina de Cristo como norma de conducta, no solamente entre los hombres, sino también entre las naciones. Su mesianismo es jovial en la forma y serio en el fondo, según podía esperarse del príncipe de los humoristas británicos en la hora presente. A los burladores fáciles, empeñados en señalar las complacencias que gasta Shaw en hacer resaltar sus semejanzas con Jesucristo, les contestó que, en efecto existían, no sin añadir que en ciertos aspectos el irlandés se juzbaga modestamente superior.

El último de los mesiánicos, puestos al desnudo por la lectura de los Evangelios, es Giovanni Papini. Su "Storia di Cristo", vertida a las lenguas cultas de Europa, ha conquistado con rapidez las almas ingenuas. Es verdad que no es libro de meditación para las gentes timoratas, pero, así y todo, vertido con esmero, y espurgado por hábiles conocedores del corazón humano, puede llenar recónditos fines de propaganda. Papini se buscaba a sí mismo con diligencia, acaso con demasiada precipitación y no poco atolondramiento. Ya en su "Cropuscolo del filosofi" se echaba de ver un afán inmoderado de pasar de unas doctrinas a otras, de superar a los acreedores de sistemas como para superarse a sí mismo, sin duda con el objeto de encontrar su centro y asir en el oscuro su propia personalidad. La "Storia di Cristo" parece más bien el recuento de las transformaciones de que ha sido palestra el ánimo inquieto y elusivo de Giovanni Papini. El libro es interesante. Su autor cambiando siempre, lo ha sido con estrépito y les imprime vitalidad transitoria a sus empeños y a sus obras. Es otro biógrafo de Cristo que se aproximó a los Evangelios con el ánimo irrevocable de encontrar en ellos su propia vida espiritual.

Parece como si la guerra hubiera despertado la curiosidad de los indiferentes, guiándola por el camino de los sentimientos religiosos y de las investigaciones teológicas. Es de sorprender que la prensa septentrional, la prensa diaria, tan ajena a estas cuestiones, dedique a las investigaciones sobre la vida de Cristo y al análisis de sus doctrinas largas columnas con la firma de sus mejores cristólogos. El mundo se siente desquiciado y busca su centro de gravedad en todas las direcciones. A esta inquietud del siglo no podía permanecer indiferente la inteligencia de Jorge Brandes, siempre atenta a fijar el rumbo de las corrientes espirituales. Año-so, perspicaz, sereno, joven a pesar de sus ochenta y tres años, ha puesto su atención en el ideal mesiánico para hacernos ver que antes de los Evangelios ya era conocida en Oriente "la figura de un Redentor, como ideal de superioridad espiritual, de amor a los hombres, de caridad y pureza"; para afirmar que la misma figura que ha llenado diez y nueve siglos de

la historia humana seguirá viviendo como tal durante miles de años, aunque como hombre no haya existido (Tilskueren Oct. 1924). Al formular esta posible alternativa Brandes pone ante el lector la leyenda de Guillermo Tell. Hasta hace apenas cincuenta años la figura del libertador suizo era venerada por todo un pueblo, y los niños de las escuelas aprendían el pormenor de su biografía con atención y confianza supersticiosas. Nadie ignora hoy que Guillermo Tell es un mito, y eso que la invención apenas data del siglo XIV. Los anhelos de que dan testimonio los Evangelios tienen tan hondas raíces en el espíritu del hombre que a no haber existido esa parte de las escrituras, hombres tales como Tolstoi, Bernard Shaw y Papini los habrían creado a su manera. El análisis de Brandes no parece provenir de un mesiánico; el crítico danés no tiene el calor ni la sentimentalidad de Renán, no adolece de la vehemencia contradictoria de Nietzsche; no propone remedios a la manera de Shaw; no es contrito ni ingenuo como Papini; no abriga convicciones precisas e inviolables en el género de Ruggero Bonghi. Brandes no predica, ni se burla, ni desconcierta con amagos de seriedad científica. Se había hallado a sí mismo antes de leer los Evangelios; pero ha vuelto a leerlos en esta hora de transición y de sobresaltos para señalar cómo la idea mesiánica prende frondosamente en el clima histórico creado por los grandes errores humanos.

1924.